A tiempo me di cuenta que aún no conocía nada del futuro de la República; y al punto le pedí que se dignase informarme sobre sus planes y proyectos, sobre todo lo que pensaba y deseaba hacer como gobernante y jefe de una democracia.

El respondió:

—Como dueños de nuestro destino y del destino de nuestro pueblo por primera vez en medio milenio, laboremos sin descanso por dar plena realidad a nuestra plataforma de innovaciones democráticas y a los ideales republicanos de nuestro emblema, que son: justicia para todos, igualdad para todos, y trabajo para todos, en cuya prosecución nada nos detendrá: “ni la muerte ni ninguna otra cosa más que la vergüenza”, como dijera Sócrates. En una palabra, lucharemos por el sólido establecimiento de las instituciones libres, tanto en el corazón como en el cerebro de los hombres, tarea en la cual estamos seguros de vencer por ser éste y por primera vez en la historia del país, un gobierno representativo; y sabemos que sólo esta clase de gobiernos salen avantes en el cumplimiento fiel de sus programas y postulados. Nuestro futuro se basará en la capacidad que tengamos todos para la construcción pacífica, el desarrollo en gran escala de centros de cultura, y el aumento de nuestra pericia técnica. Sin embargo, nada de esto sería posible de realizar sin llevar antes a cabo el reajuste de las situaciones sociales, morales y espirituales, a más de las económicas, que gravitan sobre el pueblo, con objeto de extender a todos los ciudadanos sin distinción de raza, credo, posición social, sexo o lengua, los beneficios de justicia social, distributiva y de oportunidades que hasta ahora han sido privilegio de unos pocos; y esto será nuestro paso a dar, para lo cual se dictará una Constitución apropiada, sin sujeción a mo-

delos extraños, por buenos que parezcan; pues cuando se tiene una tradición propia, las soluciones deben ser también propias. Y, en efecto, para llenar su cometido de asegurarnos la interdependencia, mantener el orden y promover la prosperidad común, nuestra Constitución debe ser producto de nuestras tradiciones, nuestra idiosincracia y nuestro actual desarrollo intelectual y moral, económico o físico y social, pues ¿qué objeto tiene importar o inventar leyes capaces de sorprender al mundo por su elevado espíritu de justicia o refinado idealismo hasta hacer creer en una brillante cultura, si la verdad es muy otra y aquellas leyes nunca habrán de aplicarse por la opuesta naturaleza del pueblo? Lo único que resulta con esto es que el engañado sea uno mismo y, lo que es peor, que la persona (o camarilla), y no la ley, sea la que gobierne. Antes que todo queremos ser sinceros con nosotros mismos. Y hemos dicho interdependencia y no ya independencia porque la propensión de las naciones debe ser la de sacrificar sus soberanías particulares en pro de la unión entre unas y otras, mas no como se unen amos y esclavos, sino como hermanos en una sola fraternidad mundial. Esta Constitución ha de tener una tendencia francamente reglamentaria y una estructura de lo más simple, debiendo en ella ser enunciados sólo aquellos principios sobre los que ha de basarse la Nueva Guatemala, sin englobar otra cosa que la fiel interpretación de la realidad guatemalteca y sus necesidades, con las miras puestas en garantizar a la ciudadanía las libertades tan arduamente conquistadas. Leyes que estén, pues, más en armonía con nuestro carácter trabajador, nuestras tendencias pacíficas y nuestras sencillas costumbres a fin de conservar todo lo bueno de nuestra tradición, para bien y felicidad de la patria, pues pese a quien pesare, el día que acabáramos de perder esta vilipendiada tradición, el país estará perdido sin remedio por haberse quedado sin personalidad, sin luz y sin brújula, habida cuenta que la tradición es la mejor defensa de la ley, y que no puede haber paz ni salud continua en ningún ambiente contrario a los decretos de la naturaleza. A esto se debió que el país nunca haya sido próspero y sí cada vez más decadente, pese a los su-

perávits que a veces resultaban voluminosos y que no eran sino el brillo héctico de tal decadencia. Era que el ambiente que se hicieron fué eternamente opuesto a las leyes naturales, habiendo tratado feroz e implacablemente de borrar hasta el último vestigio de nuestra tradición, que es la de ellos mismos, y destruir hasta a los mismos representativos de esa tradición, que somos nosotros, en afán de plagiar modalidades exóticas y acabar un día por decir: "El problema indígena de Guatemala ha desaparecido: nuestro país ahora es un país de "blancos". Y con razón dirán, porque blancas son las lápidas sepulcrales... Es verdad que se cuentan algunos hechos que aparentemente podrían ser tomados como refutación a lo aseverado aquí, como, por ejemplo, aquella asociación de escritores conocida con nombre indígena y cuyos asociados, cuando escribían para lectores extranjeros, se decían "orgullosos de llevar sangre india en las venas" —y ¡cómo habrían hecho reír a aquellos de haber negado tal llevada—; pero en la realidad, ¡cómo nos hacían llorar a nosotros! Había también secretarios ministeriales que periódica y pomposamente repetían en sendas conferencias que nuestra mestizada raza "será la fuente de un nuevo porvenir" y la que en el futuro "se encargará de llevar la tea de la civilización del mundo", pero prácticamente lo que hacían era pegarnos ya esa tea y acabar con esa raza. Era el abominable tiempo de las palabras sin hechos, de las prédicas sin ejemplos, que por suerte ya pasó: ahora todos los términos yacen invertidos, de modo que si antes el pueblo sólo conoció el dolor, hoy será suya la parte de felicidad humana a que tiene derecho. Y entendemos por felicidad humana la que es basada en la armonía universal y que consiste en la acción mutua del trabajo constructivo, laborando por el progreso integral —cuerpo y espíritu— del individuo y de la familia, de la comunidad y de la nación entera, con el profundo convencimiento de que es imposible la felicidad para ninguno si se está rodeado de la desgracia ajena, ya que sólo habiendo paz exterior puede haber paz interior. Por eso nuestras leyes tenderán también a ayudar a los ciudadanos constitucionalmente inferiores, a los retardados mentales, psicopáticos y psiconeuróticos,

a los derrengados y estropeados, en fin, socialmente deficientes y faltos de responsabilidad e iniciativa, en cuya legislación creemos ser los primeros, pues hasta ahora los pueblos civilizados así llamados se han interesado en la igualdad de derechos y de oportunidades para todos, mas sin parar mientes en aquellos pobres necesitados afectos de deficiencia intelectual y psicológicamente inadaptados, lo que equivale a dejarlos perecer bajo los cascos de la bestia que Darwin llamó "principio de la selección natural"; y que cuando tales necesitados están en gran porcentaje como ocurre en nuestro pueblo —y ocurrirá pronto en todos los demás—, tal descuido se vuelve genocidio. Pero es también utópico tratar de lograr estos ideales sin eliminar previamente los vicios que, como ya dijimos, aquí resultaban siempre fomentados, entre los que descuellan las bebidas fuertes y los dilatados impuestos que servían de base a aquellos otros escollos de tipo inflacionista: las burocracias y los boatos. Así Guatemala podrá ser un país humilde y de escasos bienes materiales, pero culto y rico en valores morales que son los que hacen la verdadera grandeza de un país".

Yo le escuchaba con admiración y satisfacción profundas, satisfecho sobre todo —¡oh vanidad!— por eso de que se dictará una nueva Constitución, que era lo que yo había supuesto que harían desde el principio, habiéndose-lo dicho así al mismo gobernante de entonces, el cual por cierto no estuvo muy de acuerdo con tal posibilidad alegando que no tenían éstos ni capacidad ni valor para ello. A la verdad, tampoco él los conocía.

Pero el Presidente, en cuyo discurso empezaba a notar que nunca se refería a Guatemala llamándola República, sino simplemente país, pueblo o nación, salvo cuando aludía al porvenir, proseguía ahora con su típico deje musical:

—Y ya puede verse que no es nuestro principal objetivo los valores científicos así llamados, los que, solos, no conducen sino al engreimiento fatuo y a la destrucción del hombre por el hombre, sino los espirituales, con cuyo término se expresa la tendencia ínsita del alma por la construcción positiva, por hacer imperar a través de la

acción ordenada, benéfica y bella del hombre los conceptos superiores y eternos que dieron en llamar Bondad, Verdad y Belleza. Perfecta cuenta nos damos que hemos llegado en el momento decisivo del mundo en el que la crisis moral y espiritual está terminando su misión de degeneración, destrucción y ruina universal, porque hasta aquí los hombres han vivido la hora del positivismo y negación de todo idealismo, convencidos de que la ciencia experimental es la sola fuente de verdad, la única del escarpelo, o "ver es creer"; lo demás, los principios metafísicos y hasta los ideológicos no son más que elucubraciones, pensando como el niño que asiste a un cine por primera vez y cree que la imagen que mira proyectada en la pantalla es una realidad de la vida y no una simple pintura, y no trata de saber de dónde procede ni cuál es su causa. La realidad desnuda y no menos dolorosa es que la ciencia, con todos sus cálculos diferencial, integral y de las variaciones, no salva sola, y sí puede destruir al mundo, aunque le pese a J. Huxley. Es hora de dar media vuelta, que en la etapa actual de la evolución humana el cultivo y desarrollo del alma es imprescindible e impostergable. Indiscutible es que toda sociedad de hombres descansa sobre la tierra haciéndole necesitar diariamente de sus productos cuya disputa, con sangre o sin ella, ha sido la sola causa de las miserias del mundo; pero, y aunque pueda decirse que en última instancia todas las actividades humanas se refieren al laboreo del suelo, esto no significa, como también dijimos, que el factor económico tenga que ser enternamente el eje de las civilizaciones como hasta hoy, en las que el hombre ha venido comportándose como simple animal o como sus antecesores de la edad prehistórica, haciendo de su estómago el corazón y cerebro, y reemplazando con lo económico el ideal religioso de tiempos relativamente recientes; ideal que si también pudo engendrar la clase de males llamados guerras, pero al menos las de entonces pudieron llamarse santas porque el mayor objeto de ellas era el de aumentar con los del pueblo vencido los adoradores de su Dios por el cual peleaban, y también porque no morían más que los combatientes —respeto a las mujeres, a los niños, a los

ancianos, y hasta respeto al soldado vencido en tales luchas, que eran más bien duelos caballerescos—, a más de que el triunfo era casi siempre del bando más numeroso, es decir, de la mayoría, lo que debía ser razonable. En síntesis, había entre unas y otras esta diferencia: que antes se peleaba por la Cruz y la Gloria, animados de espíritu de caballería; hoy todo es por el oro, e impulsados por el espíritu mercantil. Y no debe creerse que estamos haciendo la defensa de aquellos males, que ellos no lo necesitan: se defienden solos, pues siempre resultó más hermoso morir por inquietudes del alma que por ambiciones gastronómicas, o sea morir como Quijote antes que como Sancho. Así, pues, aunque sin descuidar lo económico, tendremos presente en todo instante que la misión del hombre no es otra que la de dar a cada órgano su lugar y actividad propia: el estómago para alimentarse, el cerebro para pensar y el corazón para amar. Creemos que es ya tiempo de enmendar el error de la Revolución francesa de 1789, que instituyó los derechos del hombre pero aboliendo los divinos, por lo que debió ser incompleta: si dió la libertad, negó la igualdad, y que de haber dado la igualdad como en la rusa de 1917, habría negado la libertad; revolución que hizo al hombre pasar sin transición de la era semiespiritual del Renacimiento al materialismo de la moderna; de la fe, al nihilismo, de Leibnitz a Comte, descompletando igualmente el “Vox populi vox Dei”, para ser en adelante “Vox populi” a secas, con el reemplazo de la Metafísica por las leyes físicas, de la Astrología por la astronomía, de la Alquimia por la química, la Religión por la política, y, en fin, de Dios por la razón, mas no la Razon pura o superior, sino la razón cerebral o material que fué siempre cambiante, para reinar con una mayoría, en los raros casos de justas democracias, o contra esa mayoría en los demás casos, pues los cerebros raros veces se ponen de acuerdo. Y el hombre, como dijo un pensador, “había renunciado a las estrellas para bajarse del plano sideral al pantanoso mundo” y coronar, agregamos nosotros, al Anticristo de la Revelación de San Juan, que es la negación práctica del más allá. Tal fué el resultado de tal Revolución que creyó que a la sociedad se la ordena

conforme a la razón, siendo que debe ser conforme al espíritu, esto es, conforme a la conciencia universal, pues la razón es apenas un atributo del hombre, y de ninguna manera determinante.

“Y la situación enmarcada en tal cuadro de dolor vivo y de angustiante decepción que resultaba de la competencia, rivalidades o choques entre ambiciones semejantes, ha tratado de legalizar la filosofía contemporánea así llamada, la cual no es, digámoslo ya, sino un conjunto de principios enmarcados también en consideraciones de orden económico y fundamentada —¡oh, pobre humanidad!— en los falibles e ilusorios sentidos corporales. Filosofía que, siguiendo una actitud contraria a la acostumbrada y conocida con el nombre de inquisitiva o problemática, por la cual se exigen y se dan respuestas y soluciones cueste lo que cueste y hasta al precio del ridículo, pretende que el hombre no es más que un elemento reaccionable sólo al medio: la vida, según ella, no es sino un laboratorio químico en el que el hombre ocupa el puesto de simple reactivo, un poco consciente, de seguro, pero reactivo al fin, siendo además su conciencia efecto de la realidad social, o sea del medio, pero haciéndole parodójicamente responsable de ese medio para hacernos creer que cree en la libertad, ¡una libertad atada por la determinación social!, asemejándose en esto al Corán, para el cual todo “está escrito”, pero afirmando no obstante el libre albedrío del hombre. Filosofía ajustada a la vida y a la duración de ésta, y que, o bien afirma con el poeta que al morir se entra a lo desconocido, o niega de una vez el más allá al afirmar que todo se reduce a polvo. Filosofía que, si admite los valores, es para teorizarlos según la consternante madurez tecnológica de la época; y si admite el idealismo es para tomarlo como un reflejo de esta realidad, como una simple repetición de lo de abajo sólo que con tintes diferentes, de suerte que este no es un mundo nuevo y superior, sino un mundo apenas mejorado dentro del mismo marco, y, naturalmente, esta misma filosofía aparece como reflejo o producto de las tendencias de ese medio, exactamente como el arte, conformándose con ser hija de las circunstancias, al modo de las Constituciones políticas o Car-

tas Magnas, ya que no puede crearlas precisamente por la negación que hace de los valores, exceptuando los teorizados, de los que se sirve equivocadamente como metro de eternidad al querer predicar espiritualismo, siendo que todo valor eterno tiene que fundirse en Dios. He aquí, pues, una filosofía que no es, en una palabra, sino la disculpa de que el móvil que ha mantenido unidos a los hombres hasta hoy haya sido el interés y, más propiamente, el egoísmo. Y con tales atributos, ¿podrá dar entrada a la condición de universalidad que debe caracterizar a toda verdadera filosofía? Porque con ésta se nos quiere llevar, vale decir, sobre rieles a un fin rígido y preconcebido, y siempre interesado. ¿Pretenderán substituir con ésta a la Filosofía idealista, o sea aquella que radica en el corazón y manda amar a tu prójimo? Si así fuese, y suponiendo que lo logren, habrá razón para decir que por escapar del humo hemos caído en las llamas, o por huir de la Filosofía eterna, que es la de Dios y que hoy se llama cristiana, hemos caído en las filosofías temporales, substitutos pasajeros como chupones, consoladores o chupadores de niños que se vieron obligados a crear para imaginarse que miran, y que siguen creando sin parar, pues por ser todas basadas en la naturaleza del medio, el cual ha cambiado continuamente —más que las estaciones— con cada descubrimiento científico o semicientífico entre los pueblos, descubrimientos que trastornaban inmediatamente sus ideas o contradecían sus creencias, necesitaron un tipo de filosofía para cada época, lo que las incapacitaba para hacer definiciones radicales o definitivas por el justo temor de que un minuto después ya el medio y, por consiguiente, el sujeto definido, hubiese cambiado, necesitándose ahora, y aunque parezca cosa de risa, de una nueva definición. El tipo de filosofía que hacía falta era, pues, uno semejante al camaleón, no tanto por la virtud instintiva que posee, como por el nombre que lleva y que sugiere lo más real y majestuoso. Todas estas consideraciones hechas a la carrera nos hacen concluir que tales filosofías se deslizan sobre las superficies de las cosas. Y, en efecto, así tenía que ser, pues ¿cuándo el factor económico o los compromisos materiales con el medio han sido la parte esen-

cial del hombre como hombre, es decir, como ser dual? Lejos estamos de negar la influencia del medio telúrico sobre aquél, pero tal medio no hace al hombre, sino al revés: cuando el hombre-dual está hecho, él se crea su propio medio. Quiere decir que la filosofía que ha de merecer tal nombre es la que nos enseña a perfeccionarnos nosotros mismos para capacitarnos a mejorar ese medio y no sólo para adaptarnos al mismo como meros parásitos, como pretendía aquella que llegaba hasta afirmar que es propio del hombre la angustia provocada por la obsesión de la muerte; y, ¿cómo no? Si no sabía vencer lo que caía bajo el escarpelo, menos esto otro... Y en base tan movediza, ¿qué moral podía cimentarse y qué conciencia fundarse firmemente? Y sin conciencia, ¿cómo poderse allanar el camino que nos conduzca a toda verdad: Dios? Pero el iconoclasismo —entiéndase materialismo— había sentado sus reales, como quedó dicho en el párrafo del arte; materialismo que necesariamente llevó al hombre hacia atrás, con todo y su adelanto intelectual, hecho éste por lo demás tan evidente que no necesita mayor demostración. Tan sólo recordemos que ya la Organización de las Naciones Unidas así llamada, en asamblea general tuvo que descomponer los terceros términos “libertad” y “derecho humanos”, en sus múltiples aspectos o aplicaciones y no decir solamente Libertad o Derecho, al modo como el prisma descompone la luz, para que todos pudieran entender lo que quería decir, y que, no obstante, todos siguieron sin entenderle, quizá porque aquélla olvidó haber definido al mismo tiempo y en forma semejante al sujeto de la oración. Vencido Hitler, los hombres del Kremlin, al referirse a las naciones occidentales, se guían hablando de “la democracia vana y decadente”, con todo y que ella misma había sobrevivido gracias a la ayuda que recibió de ese occidente. ¿Cómo, entonces, éste podía ser decadente? ¿Un contrasentido? No. Es que ella sabe que un mundo materialista no puede ser conducido en línea recta sin el concurso de la dictadura; pues bajo el régimen de más o menos libertad que impera en algunos de estos pueblos occidentales en los que cada quien tira por su lado, el fin natural y lógico no debe ser otro

que la anarquía y el caos. De resistirse a acudir a la dictadura —y cada día se resisten menos—, es difícil hallar otra solución que no sea la de vivir aumentándoles el salario y hasta regalarles el pan a cada ciudadano (procedimiento que llamaron Plan Marshall) en afán de comprarles sus voluntades, lo cual jamás podía ser decisivo, como pretendían que fuese, pues ni las dictaduras ni los regalos pueden durar mucho tiempo sin la quiebra de éstos y de aquéllas, dado que en ningún caso era compra, ni siquiera préstamo, la de éstos, sino simple trueque: dinero a cambio de estarse quieto, por lo que a medida que tal ayuda se fuese reduciendo —y aún desde antes, si otros ofrecían “mejor paga”— debían irse acumulando las huelgas, las infidencias o traiciones, los sabotajes y demás cosas que irremisiblemente conducen a la desintegración total de eso que aún llamaban democracia. Pero, ¡qué!, ¿acaso no estaba ya desintegrada desde que el iconoclasismo había sentado sus reales? Pues bien, sabemos que las Células-Madres de la Humanidad, desde el período primitivo de sociedad, fueron, al lado del sistema económico, el religioso: al lado de la pequeña granja para sembrar, el pequeño templo para implorar buenas cosechas y estrechar los lazos naturales de familia con ella misma y con la tierra. Y con las imágenes y viejas fórmulas, rompieron también estas Células, buenas —decían— sólo para los pueblos primitivos. Pero ¿acaso la evolución de la humanidad significa la destrucción o substitución de estos sistemas, y no la evolución de los mismos? El que hayamos llegado al vigésimo peldaño no quiere decir que debemos tirar la escalera para seguir subiendo. Y la substitución de la religión por el materialismo no podía ser auspiciadora de la paz, sino de su opuesto, pues sin religión o sin el concepto de Dios no hay conformidad, que es la condición esencial de la paz. No hay conformidad entre el obrero y el patrono, entre el patrono y el Estado, y entre un Estado y otro. Tal substitución hizo cada vez más difícil la firma de los pactos hasta con las mismas naciones vencidas en guerra, por más declaraciones que se sígan dando sobre aquellos Derechos del Hombre, porque estos derechos están mejor declarados en el divino mandamiento de:

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Luego, es conociendo a Dios que conoceremos tales derechos que, como creado a la imagen divina y espiritual de Aquél, le son inalienables. La solución por todas debía ser el retorno a la religión, a fin de llevar al pueblo a la senda del idealismo y pueda comprender que no sólo de pan se vive, y que nada importa sufrir a veces privaciones y hasta el hambre mismo —cuando dichos males no son intencionales—, si en compensación podemos ser moralmente libres y dueños de nuestros actos para hacer feliz al que nos dé la gana, y no sólo para realizar todo cuanto no perjudique a los demás, como proclamó la Revolución francesa. La ilusión de que sin Dios nos podemos mover más libremente y llegar a mayores alturas se revela tan falaz como la de aquella paloma que se lee en la Crítica de la Razón pura, que se imaginaba que sin la resistencia del aire volaría mejor. No es, pues, a Epicuro a quien necesitamos, ni a Hobbes, ni a Buchner, ni a Marx, ni a Sartre, con su lucha de clases y fomento de explotación del hombre —y había que ir por la lámpara de Diógenes para buscar al hombre que no fuese de intento explotador—, sino a Kant y a Descartes, a Pascal y a Balmes, a Platón y el “Tolle et lege” de San Agustín con sus muy humanas doctrinas. No es, pues, luchar contra los hombres, sino contra sus ideas, cuando ellas son malas, lo que se consigue sólo con la Filosofía original o madre de todas las ciencias, que es la única que para definirlo y mejorarlo podrá sacar al hombre del rebaño o grey social en que yace sumergido. Debe volverse, pues, a los padres del idealismo: Platón, Sócrates, Pitágoras o Empédocles, y levantar el estandar-te del misticismo puro como máxima suma de valores.

“Debemos olvidar el viejo dogma de que las religiones son oscurantistas. La fe cristiana dió al mundo una época cabaleresca —la que inspiró a Baden Powell para fundar el escultismo moderno— y un Renacimiento, con su pléyade de profetas, que reanimó el espíritu de investigación científica y social del mundo, y proporcionando emancipaciones, ilustración y sentido humano. De esa época vino la supremacía de la ley, la libertad religiosa y el desarrollo de las facultades humanas por la pesquisa de la

verdad y de la belleza. Y más antes, todas las filosofías matemáticas, literatura, arte, astronomía y demás ciencias de la escuela griega escritas en latín, estaban basadas en los originales árabes que responden al Corán; y más antes aún, ya sabemos la influencia que en las ciencias tuvieron los Vedas, el Avesta, los de Brahma, y hasta el Popol Vuh en nuestras ciencias y artes, pues éste no fué, como opinan los más, producto de la cultura Maya-Quiché, sino al revés.

“Asimismo, debe renunciarse a la creencia de que sólo la mujer debe ser religiosa, como si sólo ellas estuviesen obligadas a ser buenas, pudiendo los hombres —que son los que siguen gobernando al mundo— ser malos, y como si en el más allá hubiese diferencia de sexos. En la evolución de los pueblos sobran ejemplos de hombres religiosos. En la antigüedad, Hipócrates, el médico, y Pitágoras, el matemático, fueron jefes de sectas místicas. En la Edad Media otro médico, Paracelso, fué otro gran místico. Mas recientemente Newton y Leibnitz, Pascal y Descartes y el gran De Vinci, y ahora mismo médicos como Lombroso, Freud y Carrel, y físicos como Lodge, Einstein, Jeans, Eddigton, Oppenseimer y Mellican han demostrado profundo interés y practicado experiencias en el extenso plano psíquico, probando que no hay ningún antagonismo entre la inspiración mística y la científica, antes bien se completan. Sin embargo, la mayoría de nuestros sabios se oponen violentamente a todo misticismo, por lo menos mientras están jóvenes, que al entrarse en la vejez y apagarse la sangre, aplacándose la ambición y silenciándose los sentidos, el susurro del alma es percibido al fin, interrogando quietamente, haciéndonos meditar: “Te estás aproximando al fin de tu jornada. ¿Averiguaste cuál es ese fin? ¿Sabes adónde vas? Todo viajero prudente, al empezar el viaje se prepara: indaga acerca del camino, llena la mochila, revisa sus zapatos y su cayado. ¿Te preparaste ya? ¿Estás listo?...”

Y su voz sonaba tan suave que era también un susurro, dándome la sensación de que mi propia alma era la que me hablaba, haciéndome tales meditadoras preguntas. Y bajé la cabeza, porque ni siquiera los zapatos ha-

bía revisado. Pero luego recordé que ese susurro, en todo caso, no podía ser para mí, porque yo todavía estoy joven; y, triunfante, alcé la mirada, a tiempo que aquél reanudaba su charla, la que seguía despertando el máximo interés de todos los que allí estábamos, quienes a veces ni respirábamos siquiera, para escuchar mejor:

—“Pero encendida la sangre y crepitando como la hoguera, quieren seguir llamando al misticismo superstición medieval, por haber preferido seguir pensando con Virchow que el cuerpo humano es una máquina complicada cuyas unidades fundamentales, las células, funcionan sólo por medio de fuerzas mecánicas, químicas y eléctricas, siendo la enfermedad un desajuste de estas fuerzas materiales que había que remediar con medios igualmente materiales. Y pese al descubrimiento de la medicina psicossomática y a los trabajos de Janet, Richet y Freud, querían seguir considerando a la conciencia como un atributo de ciertos compuestos químicos orgánicos que ha evolucionado automáticamente por la selección natural. Para ellos, el conocimiento llega al cerebro solamente por canales físicos, por contactos directos dentro del espacio y del tiempo, haciendo de la mente y del pensamiento no más que propiedades de ciertos grupos especializados de células cerebrales de la materia gris. De aquí que, siendo una propiedad de las células individuales del cuerpo la conciencia está individualizada de cierto tipo de investigación referente a la percepción y termina al terminar el cuerpo. Y pasan por alto el fruto extrasensorial iniciada por J. B. Rhine, de la Universidad de Duke (en Carolina del Norte), en el ramo de la parapsicología, acerca de la telepatía, la intuición, la clarividencia y las profecías, esto es, la adquisición de conocimientos sin el empleo de los órganos físicos de los sentidos, comprobando que las facultades superiores del hombre no son propiedades del cerebro físico, sino manifestaciones de una mente no física que no está limitada por los obstáculos físicos ni por el tiempo y el espacio, y que es la que constituye la personalidad humana; y probando así una vez más la dualidad del hombre con sus dos conciencias: la corporal, en común con todos los seres

vivos, y la conciencia superior o Conciencia del Alma, el subconsciente o superconsciente, que es una parte indivisible de la Conciencia Universal. ¿Por qué entonces la mayoría de los científicos tratan de deshechar el testimonio de sus semejantes y continúan ateniéndose aferrados a un materialismo desacreditado? La misma ciencia física creía hace un siglo que la energía era "propiedad" de la materia, hasta que la relatividad demostró que la masa y la energía son dos aspectos de un mismo principio, después que la radioactividad hubo probado que los elementos se transmutan. Esta misma ciencia física, en el plano de la "materia muerta", al descubrir los electrones (protones, mesones y neutrones) y observar que éstos no son materia en sí sino partículas de energía vibratoria o espíritu, las que forman la materia al aglomerarse muchos de ellos en el átomo y muchos de éstos en la molécula, originó la que podríamos llamar espiritual o ciencia electrónica, para llegar finalmente a la conclusión de que el Universo no es un gran mecanismo, como creían, sino un grandioso pensamiento. Ya Dios no es el de Pascal, que se siente sólo con el corazón y no con la razón, sino también con la razón, porque es la ciencia misma. Y nuestros hombres de ciencia debieran comprender que cuando comiencen a investigar en masa el lado no físico de nuestro mundo, podrán adquirir no solamente un conocimiento muchísimo mayor, sino también la misma sabiduría. Debemos despojarnos de la máscara de nuestra personalidad externa y reconocer los motivos internos de nuestro yo subconsciente para repetir las palabras bíblicas. "Dios formó al hombre del barro, le alentó en su nariz sopro de vida y le hizo un alma viviente". Es ya hora, pues, de afirmar la dualidad del hombre, haciéndose ya terquedad y obstinación el seguir negando el lado metafísico del mismo por afirmar un ateísmo retrógrado por los que creen que Dios es criatura e invento humano. Si el hombre creó a Dios, fué en el mundo de sus realidades, es decir, dándole pródigamente atributos y hasta personificándolo, como solía darse a Guatemala atributos y virtudes de que lastimosamente carecía; pero tal cosa no niega la real existencia de Guatemala, así como lo otro no niega que Dios exis-

ta como energía inteligente, constructiva y vitalizadora, sin pretender que tal definición se adapte a todos los criterios, pues cada uno define a Dios según la importancia que le ha dado y la comprensión que de El tiene. Pero siempre podremos decir, universalmente hablando, que Dios es la identificación de estas cosas que aquellos científicos se han empeñado estúpidamente por mantener separados: la verdad, la realidad última y la ley cósmica; y decir, además, que cada día se va haciendo más urgente el reconocimiento de este hecho por parte de ellos, y renunciar de una vez y antes que sea demasiado tarde, al mundo que nos hemos construido a través de las edades. Un mundo convertido en una Roma Universal; la Roma cesárea, como nunca la soñaron los Césares, que abarca de un polo al otro polo y del cénit al nadir, como se extiende la maleza en los campos y el humo en el espacio. Un mundo cuyos pedagogos son el Interés y el Cálculo, base de su científicismo. Un mundo de hombres tan sedientos de libertad que, degenerada en licencia, se han libertado ya hasta de sus propias conciencias. Un mundo que ya no es un lugar de recreo, ni siquiera de estudio, sino un miserable mercado, un vasto bazar, tanto más bazar cuanto más "democrático" es, que es nuestra democracia la que auspicia las mejores carreras de riquezas; democracia llamada así porque los gobernantes son elegidos por los votos de las grandes masas que no hacen más que seguir a sus dirigentes, los que dictan al pueblo lo que necesita y el pueblo obedece cual borregos, sin serle permitido, porque tampoco lo reclama, enfrentarse él mismo a su problema y recomendar medios de resolverlo. Un mundo que dió origen al liberalismo con la Revolución francesa, y al iconoclasismo con la rusa; en la primera, Bonaparte —no importa que antes haya sido Mirabeau—, en la segunda Lenin —no importa que a la vez haya habido un Trotsky. Un mundo, en fin, exclusivamente materialista, tanto que ya no es la patria los de su mismo vecindario, ni siquiera los de su misma familia, explotándose como se explotan, ni la tierra que los sustenta, a la que esquilman con gula y codicia, ni la belleza de sus lagos o de sus valles, porque muy pocos entre ellos son los poetas; sino y exclusiva-

mente las ventajosas posiciones de que son dueños, las prebendas de que gozan o que creen llegar a gozar. Y este materialismo, que antes llamaban epicureísmo y, en adelante, hollywoodismo (no en balde luchó Estados Unidos por ser el guía del mundo, título que ostenta con carísimo orgullo. Pero, ¿para dónde es que nos guía? ¡Un guía ciego que guía otros también ciegos!...) Este hollywoodismo podemos definirlo como una desviación moral colectiva — la sed de espíritu, innata en las personas sustituida por la sed de las riquezas; y la pesquisa no menos innata de la verdad, por la ambición de su exclusivo bienestar— que viene a ser equivalente a las desviaciones individuales sexuales. En aquellas colectividades el sexo es sustituido por el oro. Y, en la proporción en que aumenta cada día el amor al sexo en los individuos (prostitución), aumenta así el amor al oro en los pueblos, otorgando al dinero cada vez mayor valor. Mas, como perversión al fin, éste también lleva el castigo en sí mismo, de modo que cada día se necesita mayor cantidad de él para comprar lo mismo que se compraba antes con menos, lo que supone su propia depreciación. Nos afanamos durante toda una vida por alcanzar la riqueza que ciframos en una suma determinada, y cuando al cabo lo logramos —uno de cada cien mil afanosos— vemos que esta riqueza no es tanta como creíamos, pues, contrario a lo que le ocurría al rey Midas que lo que tocaba se volvía oro, ahora lo que se alcanza se vuelve vil, y el mismo oro, como todo lo demás, ya en nuestras manos pierde un tercio de su valor, o los dos tercios, y ya queremos una cantidad más grande, de modo que nadie queda satisfecho con lo que tiene y vive queriendo más, afán éste que le hará sentirse eterna y progresivamente frustrado (aún recurriendo a las falsificaciones de monedas), tanto más frustrado cuanto más materialista sea, hasta hacerse tortura según el principio bien conocido de psicología de que al intensificar la fuente del placer éste se transforma en dolor. Tortura que le hace ser cada vez más inmanejable por el profundo descontento que engendra —descontento de sí mismo y de los demás— el cual se manifiesta desde en el movimiento llamado vanguardismo hasta en el genocidio o destrucción

en masa, o su encarcelamiento o su deportación, de un grupo racial, religioso o simplemente político, ya que se vuelve incapaz de aprender nada que no sea odio o venganza, hasta llevarlo al "infierno interno" de que habló Milton y, finalmente, a las psiconeurosis, la confusión y el caos, de modo parecido a como les ocurre a los individuos afectados de desviación sexual. Estos no son, pues, descontentos o inquietudes conscientes de la era de los descubrimientos y colonizaciones, de las exploraciones y expansiones, sino las disenciones y revoluciones o golpes de Estado y de las guerras mundiales, que no son sino demostraciones masoquísticas en masa y, antes que todo, manifestaciones de una civilización que se destruye sola. Porque no se puede desobedecer impunemente a la conciencia, por más oídos sordos que pongamos, pues el remordimiento clama a toda hora, y peor al quedarnos a solas. Y es para no dar lugar a este clamor que se huye de la soledad para buscar las agrupaciones, juntas y mitines, los complots y las conspiraciones y todo lo que suene a violencia y destrucción, hasta bailar al son de los clarines de guerra. Este es el resultado lógico de su extremado materialismo, pues quitadle Dios a los hombres y tendréis hombres menos que animales.

"Este materialismo fué el que engendró los actuales sistemas que afligen al mundo y que solemos llamar democracia, por un lado, y al cual, para mayor claridad, seguiremos dándole tal nombre; y totalitarismo en sus dos formas conocidas como fascismo y comunismo (el primero puede también llamarse capitalismo o nazismo), por la otra, los que no son sino tres aspectos de una misma cosa, ya que una misma filosofía es para las tres: la filosofía que ya hemos comentado, o sea la que propone la salvación por el escape (adaptándose al medio) o por la aventura personal (embaucar al otro antes que éste lo embaque a él) o la revolución. Los tres, consecuencias de un mismo principio o síntomas de una misma enfermedad, e inspirados, planeados y dirigidos por la misma agencia. Por eso es dable encontrarlos en algunos países de Europa, Asia y de esta misma América, confundidos en una sola doctrina; pues, contra lo que se cree, democra-

cia y comunismo no son ideologías entre ambos sistemas, dejando de lado el fascismo, que no es sino un paso de transición entre uno y otro, lo cual, entre paréntesis, explica por qué cada día que pasa es más difícil para de Gaulle alcanzar el poder de Francia. Pero permítanos corregir, agregó en seguida, "no es que vamos a parangonar ambos sistemas, dado que por tener ambos la misma base, principios y causa, constituyen un solo sistema; sino que compararemos sus respectivos regímenes nacionales, tomando como términos a las naciones rusa y americana".

Volvió a tomar el lápiz rojo de la mesa, y con él se puso a dibujar círculos concéntricos mientras continuaba:

—El primero de aquellos regímenes (el capitalista) tiene por dios al becerro de oro; en el segundo (el del proletariado), dios es el caudillo. Aquél aspira a dominar el mundo por medio del dinero, comprando voluntades ya a un precio, ya a otro; éste aspira al mismo dominio por medio de la astucia, zorrunamente. En la democracia, el hombre requiere viveza para triunfar sobre sus rivales y sobresalir entre las masas; en el comunismo el hombre necesita habilidad para ganarse la voluntad del amo y sobresalir igualmente. En aquélla hay libertad de expresión en general, porque el dios oro es sordo al qué dirán; en éste no hay libertad porque el dios tiene oídos ultrasensibles. Pero, aclaremos: en aquélla, o sea en el mundo del Aguila, hay un poco más que libertad, pues de ésta abusan constantemente, no encontrándose nadie deseoso de obedecer a nadie salvo bajo la disciplina militar; en el mundo del Oso, todos, mal que bien, han dejado de pensar por cuenta propia para obedecer ciegamente al amo y su camarilla. En el primero, pues, hay libertinaje; en el segundo, esclavitud. En aquél, algo que se aproxima a anarquía; en éste, oligarquía. Pero se comprende que las diferencias mencionadas, que son las que hacen aparecer opuestos tales regímenes, son apenas en la forma, no en el fondo, para poderse decir que los extremos se tocan o se dan las manos, o mejor, las garras. ¿no es verdad? Máxime que tal oposición se reduce aún más si consideramos que el oro, por ejemplo, es tan apreciado por los unos como por los otros,

y que, a mayor abundamiento, podríamos citar otras características más, como en lo referente al modo cómo reaccionan ambos ante cualquier obstáculo, siempre con la violencia, o cómo se comportan frente a la religión —los demócratas y nazifascistas son los deístas de nombre y falsos creyentes, en tanto los comunistas son los sinceramente ateos—; pero para nuestro objeto con los dichos basta. A estas ideas se les puede dar expresión gráfica dibujando la figura de un árbol, en el cual consideraremos las raíces como el hollywoodismo, el tronco y las ramas como el fascismo, y los frutos como el comunismo. El paganismo, primero, y después el ateísmo —o bien el seudocristianismo— dieron origen y mantuvieron las dictaduras que han azotado al mundo desde el principio, las que han tomado muchos nombres y adquirido cada vez mayor perfección en las distintas edades, hasta llegar al fascismo de hoy. Pero este estado de cosas no podía jamás ser estable, si el descontento engendrado por el dolor de la opresión, en los de abajo, y por la tortura del placer en exceso en los de arriba, debía hacer dar al árbol sus rojos frutos que ya conocemos. Se ve, pues, que si hay oposición entre dichos regímenes es sólo en cuanto a los medios empleados para alcanzar sus propósitos: la hegemonía universal. Y para que la diferencia —que ya se reduce sólo al color —sea aún menor, recordemos que han habido hombres acusados simultáneamente de ser comunistas y fascistas, y que Budapest tiene también su estatua de la Libertad, como Nueva York. A esta similitud entre ambos regímenes se debe la tendencia cada vez mayor de los europeos occidentales hacia la neutralidad que tanto preocupa a nuestros estadistas, la cual tiene el significado de un encogimiento de hombros precisamente cuando se les pide que elijan entre EE. UU. y Rusia; y si se les forzara un poco más para que se decidan, habrían de quedarse con el primero que les llegue. Y de esto no tienen ellos la culpa. Se infiere que locura será pretender curar uno cualquiera de aquellos males recetándole el otro, pese a la fórmula homeopática de: “*similia similibus curantur*”, por obedecer más bien al que dice que “la peor cuña es la del mismo palo”. Es que el materialismo no cura nada, que

si algo curara ya hubiera empezado por depurarse él mismo. Insistir en tal terapéutica es el error de los religiosos que quieren remediar la indiferencia de los fieles agregándole nuevos dogmas a su fe. Pero si un régimen cualquiera es consecuencia de su anterior, como eslabones de una misma cadena, quiere decir que no hace falta llegar al mero eslabón para tenerse sus propias características; es decir, hablando del comunismo, no es necesario haberse afiliado de hecho a una célula dada para ser comunista, pues deben serlo moralmente antes que políticamente; en otras palabras, un comunista no empieza a serlo hasta en el momento en que se afilia y recibe su carnet: tal hombre ya lo era desde antes, en cuya fase latente se le llama erróneamente "sípatizante del comunismo". Por eso es que ninguna excomunión es capaz de modificar el producto, como ningún cuerpo de leyes es capaz de prevenir por sí solo las dictaduras en ninguna parte.

"Combatir, pues, el comunismo dando a cada quien billetes de banco o bien una mula y 20 ó 40 acres de tierra no más para que todos sean propietarios de inmuebles, es como pretender resolver el crimen y los vicios con sólo construir y regalar apartamentos para viviendas y proveer gratuitamente de distracciones honestas como clubs, parques, piscinas y patios para juegos; o como creer que la felicidad conyugal depende de una servidumbre numerosa o de una vida activa de sociedad, y no de la comunión espiritual de ambos cónyuges. Pretenderán, pues, salvar al mundo del comunismo —entiéndase evitar que el mundo todo se haga comunista— levantando los standars de vida con planes como el de Marshall o los programas del tipo de la ECA (administración de cooperación económica), o bien el Punto Cuarto del Plan de Truman, los que atribuyen al factor económico la cualidad de lo esencial. ¿Cuándo, con el simple aumento de salarios, prestaciones y pensiones para los obreros se mejoraron las relaciones entre éstos y los patrones? Y ¿cómo? si a medida que aumenta el poder adquisitivo del hombre aumentan también los precios en los mercados, según la ley llamada de la oferta y la demanda, que no es sino la contraparte de aquella misma frustración, o sea que, como la posesión de las cosas, lejos

de satisfacer aumenta el apetito por ellas mismas, resulta indispensable ir haciéndose reajustes por todo el camino, lo que conduce fatalmente a la inflación de todo orden. Nuestra inconformidad no presupone, pues, necesariamente, miseria económica, como también lo atestiguan los cientos de miles de millones de dólares que dió América a la China de Chang Kai Chek, cuyos generales, cargados de dinero, se pasaban con sus ejércitos al enemigo que lo constituían los comunistas, experiencia a la cual se debió, dicho sea de paso, que en Corea fueran los mismos americanos a pelear lado a lado con los sudcoreanos. Y, en esa misma China, fué distribuyendo alimentos —una distribución desde luego más inteligente que la del jefe nacionalista— como hizo su infiltración el comunismo entre el pueblo hambriento. En los mismos Estados Unidos, donde se tiene el nivel de vida más alto, ¿no hay, acaso, comunistas, y en proporción como para dominar a gran parte de los sindicatos? Desde luego esta nación se halla aún lejos del comunismo, porque primero deberá ser fascista, pues no se puede dar saltos ni en las involuciones de los pueblos; pero fascista ya empezó a serlo (fascistas son los que claman por la guerra u oponen la violencia a la violencia). Era por eso que los soldados americanos llevados a la Alemania de Occidente para desnazificar y democratizar a los civiles alemanes —¡Oh vanidad de vanidades!— resultaban ellos mismos desdemocratizados y nazificados. Quiere decir que las investigaciones del Senado norteamericano no deben ser sobre si existen comunistas en el gobierno, sino si existen fascistas...

“La acción de aquellos planes de rehabilitación y demás métodos de contención, incluso los religiosos que ya tendremos ocasión de ver, no es otra, en el mejor de los casos, que la de hacerle dar media vuelta al individuo poniéndolo de espaldas al comunismo, para que ahora siga caminando para atrás, o sea de espaldas, que sí entonces se camina más despacio, pero siempre se camina. Véese, pues, que estos planes, con todo y constituir ellos la medicina más cara del mundo, son la menos medicina de todas porque no curan nada. Y esto sin hablar de que muchos de los principales productos o artículos de socorro

empleados por ellos van, en definitiva, a dar a Rusia al serle vendidos por los mismos países que beneficia. Sin embargo, una cosa curan esos planes, y es la soledad en que de otro modo se habrían quedado los EE. UU., porque con ellos se gana la voluntad de los gobiernos extranjeros que los aceptan y que son los que firman las alianzas y los que prosperan juntamente. Pero ya podemos deducir que tales planes no son dirigidos contra el comunismo, sino en provecho del gobierno de Estados Unidos —no decimos del pueblo, sino del gobierno de Estados Unidos— y de los otros gobiernos que quieran aliarse a él. Su lucha contra el comunismo no es, pues, la ideológica, como insisten en llamarla, así como la de los dirigentes rusos no es tampoco en pro de su “comunismo”, pero en pro de su personal hegemonía; sino que aquélla es una lucha nacida de la rivalidad entre las dos tendencias igualmente egoístas, y dirigida desde el principio hasta el fin a evitar la hegemonía política, militar y económica que por su parte pretende Rusia, sirviéndole el comunismo de pretexto para la intromisión americana en otros pueblos, tanto en sus mercados como en sus asuntos políticos (las elecciones italianas de 1948, el plan Shuman sobre la producción europea de acero, etc.). Verdad es que con pan y circo se mantenía a la plebe satisfecha, pero eso sucedía en los tiempos del analfabetismo y del “magister dixit”, cuando no existía el cine ni sus trucos, y en fin, cuando había “plebe”. Ahora las “masas evolucionadas” se fastidian con una sola clase de pan y de circo: exigen variaciones y hasta refinamientos, a más de cantidad, de modo que ningún espectáculo sea igual al que le precedió, aún así, llega a cansarse del uno y del otro, sobre todo del papel pasivo de espectador, para pasar a ser protagonista e instituir con su propio sadismo lo que se ha llamado la dictadura del proletariado contra la cual, hemos dicho, se reduce la lucha anticomunista así llamada. Pues en sí mismo, a nadie le interesa que el comunismo subsista como tal siempre que se trate de un comunismo de modestas pretensiones y reservado a sus propias fronteras: las fronteras que tiene actualmente. Así vemos que esta América trata de ayudar a Yugoeslavia, porque la cree débil y por tanto inocua pa-

ra su seguridad; y amenaza a Rusia, que es la que tiene los cañones. (Dícese que se ayuda a Yugoslavia para apartarla de la órbita de Rusia: ¡Un imposible! ¡El sueño más grande de los más grandes ilusos que ha dado el mundo! (1), y más antes dió a Rusia la ayuda más grande del mundo, cuando los cañones los tenía la Alemania nazi, esforzándose a continuación por convivir en paz con ella. Empero, es del caso advertir que la Rusia roja no ha hecho ni hará la guerra a nadie. Su propósito de fondo, al vivir amenazante, no es otro que el de aumentar o agravar en el resto del mundo su eterno estado de inseguridad y de temor cuyo resultado (el pánico y la desmoralización) redundará en la ruptura total de sus sistemas biológico y, más que todo, psíquico, lo que lo habrá de precipitar a todas las locuras: locura económica, locura política, locura marcial, etc., hasta parar (si es parar) en el caos final. Recientemente, cuando dió lugar a la invasión de la mitad norte sobre la mitad sur de la península de Corea —invasión en la cual no murió ni un solo ruso y sí muchos millares de americanos (2)—, nosotros anotamos en nuestro memorándum que su fin principal no era la ganancia material de la península, con todo y la innegable importancia de tal ganancia, ni era tampoco buscar prestigio ni crédito ante nadie, que el comunismo no lo necesita por ser él mismo la escoria casi de la humanidad —sólo el anarquismo lo sobrepasa (aunque esto de escoria es relativo, siendo los rusos los más grandes estrategias del mundo en todos los terrenos)—; sino que su fin era el moral y otra vez el estratégico de inclinar más y más hacia el fascismo al gobierno de Norteamérica, ya logrado en buen grado (3), y

---

(1).—Posteriormente, el propio mariscal Tito dió plena confirmación a este aserto al declarar —agosto de 1950— que Yugoslavia pelería al lado de Rusia de ser ésta atacada por los EE. UU. (N. del T.)

(2).—No hay que olvidar que la culpa de esta invasión la tuvo, más que nadie, el secretario Acheson, de Estados Unidos, como lo demostró el senador Harry F. Byrd, de Virginia, el 31 de Julio de 1950, en el mismo Senado. (N. del T.)

(3).—Este punto fué debidamente ampliado en carta que le dirigí al presidente del Congreso norteamericano con fecho 6 de Julio de 1950,

desmoralizarlo y hacerlo a la vez gastarse él sólo en una lucha espiritual; estéril aunque se diga lo contrario; porque para interrumpir las comunicaciones y anular las bases americanas en aquella zona —que es el pretexto alegado por los EE. UU. para haber intervenido en Corea— no le hace falta a Rusia ese pedazo de península. Pero si no hace la guerra a como la entendemos los occidentales, es, sin disputa, algo peor lo que hace. Por otra parte, si las fronteras “naturales”, o sea las que ya son tradicionales, no se respetan y sí se violan a cada rato por los mismos occidentales, cuya cultura se dice que es superior, con los consiguientes choques de sangre de que se compone la historia, ¿cómo esperar que sean estables y se respeten y no se violen jamás fronteras tan caprichosas, arbitrarias e improvisadas como las que divide a Corea, Alemania o Austria? Y ¿cómo esperar que una zona de cultura que se dice inferior sea más respetuosa que la de occidente? Es que no es en los pactos o tratados en los que debe basarse el respeto mutuo y el derecho de gentes, ni en la fuerza de las armas, sino en la conciencia misma, o sea en el ideal de Dios.

“Se comprende que tampoco será matando a los dirigentes de la Rusia soviética, ni destruyendo a la Rusia entera, como podrá salvarse a la humanidad del “lobo más horroroso, dado que éste no es invento moscovita, como no es invento de Francia la democracia, ni el fascismo de Italia. Este es el error de los que por ver los árboles no miran el bosque. Deberá saberse que Rusia puede caer y

---

tratando de mostrarle el error en que incurrieran los EE. UU. al hacer la guerra en Corea, pues, como se deduce de estas páginas, ni Rusia ni EE. UU. pierden ni ganan ningún crédito por el hecho de perder o de ganar Corea (crédito con el sentido de ganar adeptos) porque ya los pueblos no van en pos de nadie en afán de ganar glorias y famas, sino que siguen nada más que los consejos de su propia amoralidad y los dictados de su odio; y éstas son cosas que, si se hacen, no se alteran con una ni diez palizas, ni con la nueva Bastilla que están por construir los EE. UU. Resumiendo: los hechos políticos o militares son incapaces de cambiar a los hombres. Podrán retardar o posponer los acontecimientos, pero no los evitan. (N. del T).

desaparecer como cayó Alemania, y el presente problema, seguramente agravado porque el tiempo está de parte de ella, seguirá siendo de actualidad, aunque con Rusia se hayan ido también la China y demás satélites suyos, del modo como subsiste el fascismo después de Mussolini, y nuestras depravaciones después de Heliogábalo y Sardanápalo, y después de Sodoma. Es que el comunismo no es, como todos quieren seguir creyendo, un mal que llega al individuo y lo invade de afuera adentro, por lo que aconsejan que el remedio debe buscarse fuera de él, ya sea por medio de leyes que proscriban tal régimen, ya por medio de la bomba atómica, o bien por el directo mejoramiento económico de las familias. No. Ya ahora bien sabemos que están equivocados los que así piensan, pues el comunismo, como todos los males que afligen al hombre —y también los bienes que lo estimulan—, viene de adentro desde su interior, y va hacia fuera. Resulta, pues, que hablar de la infección leniana o sea la influencia que los métodos de Lenin hayan tenido en el mundo (se dice que enseñó la técnica moderna del golpe de Estado, el arte de socavar los sistemas tradicionales, la canalización de los impulsos sádicos y masoquistas, así como de la brutalidad y del misticismo hacia un fin único; su objetivo de convertir a la gente en masas y las masas en instrumento del jefe de Estado) es un perfecto disparate, porque Lenin no fué causa de ninguna “civilización”, sino efecto de la que le tocó vivir: simple discípulo, tal vez aventajado, pero no más que expresión del mundo viciado y corrompido de los zares y de los emperadores y de los presidentes. Maestro-mundo que antes y después ha seguido igualmente convirtiendo a muchos hombres y cuya técnica no es, en el fondo, sino la de pescar en río revuelto. Ya el señor Dean Acheson, secretario de Estado norteamericano, entrevió esto —aunque muy a la ligera— al decir que el comunismo stalinista es, en su esencia, un nuevo instrumento del viejo imperialismo ruso, es decir, que el patrón de la Rusia soviética en todos los países de su órbita no se encontrará en los escritos de Marx ni en las declaraciones de la Tercera Internacional, sino en los archivos del ministerio de relaciones exteriores ruso que Stalin, a la muer-

te de Lenin, recibió como sucesor de los zares. Se deduce de todo lo dicho que la destrucción total de Rusia, de ser posible sería limitada a la de los frutos del árbol; pero mientras el árbol permanezca verde y enhiesto, habrá comunismo. (Y he aquí que este árbol no sólo es tolerado, sino también fomentado y hasta abonado con toda suerte de regalos enviados continuamente a los regímenes fascistas del orbe, no sólo de este continente). Luchar contra Rusia para dominar al comunismo, es imitar a aquellas autoridades sanitarias que pretenden erradicar los parásitos intestinales del hombre a fuerza de vermifugos, y dejándolo vivir siempre en el fango, sin darle zapatos ni ninguna clase de educación. Luchar contra Rusia exclusivamente es hacerle el juego a ella misma, es decir, apresurarnos a satisfacer sus deseos, que entre más se lucha por no llegar al plan del poso, más pronto llegamos a él. Luchar materialmente contra Rusia es como oponernos al viento parados sobre la arena, que el mismo viento se va llevando y que nosotros mismos contrubuímos a ello con nuestros desatinados movimientos, hasta que quedemos sin soporte y caigamos, caída que se deberá no al viento, sino a nuestra propia estupidez. Y decimos viento y no tempestad ni ciclón, porque el número de comunistas en armas no es más que un tercio de la población del mundo, minoría que, sin embargo, hace temblar a los otros dos tercios por estar éstos parados sobre arena. El remedio no puede ser, pues, lanzas ni cañones —ni mantequilla—, sino hacer de nuestra base una roca sólida, conscientemente sólida. Responder a la violencia con la violencia —salvajismo por salvajismo— es el medio más seguro de llegar al plan. Esto es lo que se propone Rusia con sus falsas amenazas: que el gobierno de Estados Unidos se haga absoluto, y a la vez no darle tiempo de concentrarse y meditar sobre sus males y pueda encontrar entonces la verdadera medicina. Quebrarlo, pues, no económicamente por la carrera armamentista, como suponen muchos, sino substancialmente haciéndolo fascista y empiece luego a frutar. De todos modos, tarde o temprano Estados Unidos debía ser absolutista por sus propios pasos, sólo que con estas provocaciones se logra apresurar el proceso. Pero

los hombres de hoy prefieren vivir engañados; y nuestros sabios, los que no están ocupados en idear nuevas armas homicidas, están queriendo alcanzar nuevos datos respecto a cómo trabaja el cerebro humano y conocer más íntimamente el mecanismo de sus conflictos internos sirviéndose para ello, no de la observación directa e inteligente del funcionamiento del cerebro del hombre, como podría esperarse, pero ni siquiera del cerebro de algún antropoide o, en último caso, de cualquier otro ser vivo; sino que se sirven de esos llamados "cerebros mágicos" constituidos por ellos mismos y que suponen que piensan "por medio de los secretos del Universo, think through the secrets of the Universe", por partir de la base de que el hombre no tiene alma, suposición tan falsa como peligrosa, pues ella es la que impulsa a las personas, en su inconformidad, a todos los extremos. Hombres que, a fuer de querer vivir engañados, gustan más ver de lejos, como los primitivos humanos, que de cerca, hasta ser ciegos para el terreno que están pisando, por lo que no ven que el comunismo es engendrado por ellos mismos, y alimentado por ellos mismos, y hasta aconsejado por ellos mismos a sus semejantes, por mirar al dictador armenio", como la Europa del siglo XV miraba al Solimán II. Pero hay que enterarse que los de ahora son otros hombres, porque el Solimán de hoy no necesita, como el otro, mandar sus ejércitos a conquistar naciones. No le hace falta: cuando queremos derribar una casa y la encontramos ya habitada por el comején y la polilla —un comején, además, con libertad de pasearse por toda ella, siendo peor si carece de tal libertad—, no es necesario que empleemos picas ni piochas: bien podemos sentarnos a esperar (sobre todo si contamos con la paciencia de los orientales), que la casa caerá solita a su debido tiempo. Podríamos tal vez desear algún vientecillo que nos ayude, y al estornudar lo haríamos de ese lado —"guerra fría"— para conseguir que la casa fije sus ojos en nosotros y la parte de la polilla y del comején, y finalmente hasta de buena gana le tiraríamos algunas piedrecillas para apresurar su caída, aunque esto sólo como golpe de gracia, o bien podríamos echar más "comején" —intensificar el tráfico de los estupefacientes, como se ha

empezado ya en EE. UU. sirviéndose de submarinos "misteriosos"; incrementar la propaganda de tan variadas facetas, provocar paros y otros desórdenes que induzcan siempre a hacer creer que somos nosotros, y no el comenjen, los peligrosos—, y seguir esperando, que es mera cosa de tiempo, mientras seguimos hablando de la "coexistencia pacífica" de ambos mundos: el ruso y el americano, y de la "cooperación" entre ellos... Ahora, si esa casa, en las condiciones en que está, se resuelve de pronto a moverse para ir a buscarnos y atacarnos, pues ya a nadie podrá echarle la culpa de su propia ruina.

"En resumen, no son Armadas Invencibles las que necesitamos, ni tampoco librar nuevas batallas de Lepanto, sino ideales: que es en el campo de las conciencias donde deben darse las batallas de hoy en día. Es lo procedente, así en ética como en derecho. Y quien carezca de armas apropiadas para tal duelo que se aparte, que dignamente se declare vencido y caballerosamente dé su lugar a otro más capaz, sin acudir jamás a las contraproducentes cuanto monstruosas matanzas entre hermanos, tanto más que, en honor a la verdad, el comunismo rojo tiene también su parte buena —como que no hay males verdaderos—, pues hemos visto que los pueblos, por su pesado materialismo, deberán ir rodando cuesta abajo en su envilecimiento progresivo, siendo el capitalismo llamado democracia su primer paso en el descenso, el régimen fascista el paso siguiente, pero, dejados aquéllos solos, el paso final no será el comunismo, como hemos venido suponiendo, sino el despedazamiento entre unos y otros y la vuelta al caos, o sea lo que llaman anarquismo. Pues bien — y esta es la parte buena del caso—, Rusia soviética se ha encargado de librarnos de tan desastroso desenlace tomando a esos hombres poco antes de caer para encontrar en ellos todavía algún resto de comprensión o disciplina que en seguida orientará naturalmente en su provecho —ni modo que fuera en provecho de otro—, con lo que los caóticos anarquistas resultan substituidos por los milicianos comunistas. De aquí que Rusia necesite de poderosos ejércitos, no para atacar, que no lo necesita ni puede convenirle, como ya vimos, sino para mantener esas mili-

cias y llenar los fines de defensa propia, a más de evitar que el "saco" se rompa con el peso de tantos que han caído y han de seguir cayendo. Y todavía más: si examinamos la cosa más de cerca vemos que hay otra razón por la cual le debemos mayor reconocimiento a Lenin (y no nos referimos a aquellos planes de rehabilitación, etc., que sin la amenaza roja no habrían existido, lo cual quiere decir que sin ésta la Europa de hoy estaría viviendo el máximo infierno de hambre, de desesperación y muerte apenas reconocido por los chinos), y esta otra razón es el ahorro de sangre y de vidas entre los pacíficos servidores de los gobiernos "libres", a los que los anarquistas vivirían dinamitando a ciegas y a locas"...

—Este es el panorama moderno de la era electrónica que todos contemplamos arrobados y con ojos de orgullo, mundo resultante de la falta de espiritualidad y de religión en los hombres. Que la pérdida de la fe convierte al hombre corriente, al hombre apenas consciente de sí mismo y que son los que hacen mayoría, en un aflitivo ser-no-ser, un estado híbrido de placer y dolor, un estado ambiguo de conformidad y descontento, de resignación y rebeldía, de paz y de remordimiento, con la sensación de un terrible vacío dentro de él, sensación que deberá mantenerlo en un estado de eterna inseguridad, de vacilación, de incertidumbre y de temor que le hará engendrar un complejo de inferioridad o sentido de culpabilidad que tratará de ocultar bajo una máscara de pedantería, primero, y sucesivamente de impiedad, crueldad, inhumanidad y salvajismo que conduce a nuestro admirado mundo de propulsión atómica. Una vez más debemos convencernos que sólo con las prácticas cristianas habrá democracia, es decir, el amor al prójimo hasta el propio sacrificio. Porque democracia son los Derechos del Hombre; y éstos sin Dios son inconcebibles. Los pueblos del mundo, pese a todo, siguen necesitando, como en el primer día, de un ayo, de un tutor, de un guía que los lleve rectamente de la mano, papel que es cumplido a carta cabal por la religión. Quitémosle ésta y ellos se buscarán otro: una cualquiera de las doctrinas extremistas que hemos señalado antes. Debemos darle entonces el mejor de los guías: el

cristianismo; que decir cristiano es decir paz, porque la paz no consiste solamente en evitar la guerra ni en el logro del control internacional de la bomba atómica, sino en un estado de ánimo favorable y amorosamente dispuesto para el prójimo, sea éste individuo o nación. Y a esto hemos llegado aquí, a cumplir con ésta nuestra principal misión, cumplimiento que los ladinos se afanaron en posponer hasta hoy, pero que nunca es tarde para servir de puente entre Dios y ellos. Esto no quiere decir —se apresuró a explicar— que, como ultramontes, hemos de volver a los tiempos medievales y el Estado deje de ser laico para encarnar una teocracia, que tal sistema de gobierno no lo hubo ni en el reinado de nuestros ancestros, cuyos reyes fueron siempre distintos a los sacerdotes. Pero es que debe saberse que la religión —no la filosofía— es una de las tres columnas del Estado —la paz y la justicia son las otras dos—; de suerte que aquélla es inevitable cuando se quiere construir civilizaciones y mejorar las relaciones interhumanas. La experiencia de sobra ha enseñado que el hombre, como hombre, es incapaz de establecer un gobierno de paz, pues como hombre es individualista, como cerebro es cesarista, por creerse independiente de la naturaleza, a más de psicopático, que es lo que le hace vivir en desacuerdo con sus semejantes y consigo mismo, dado que al no haber religión ni conciencia no hay pauta moral que seguir, pues ¿quién juzgaría? ¿cómo juzgaría? ¿en base de qué se juzgaría? Pero con la convicción de que depende de la naturaleza y de todos los demás seres, adquiere una mejor comprensión de lo que Dios y la naturaleza significan, acercándolo al ideal de Aquel, pudiendo establecer comunión de sentimientos y voluntades entre él y sus semejantes, lo que conduce a la institución del bienestar, justicia y unión en el mundo. “No hay mayor influencia civilizadora que la religiosa y moral”, se dijo desde Zaratustra a Isaías y a través de Buda, Sócrates, y Jesús y Mahoma y Tolstoy, que no porque ellos no hayan sido de Hispanoamérica deberán ser escuchados menos por los hispanoamericanos. Pues si esta parte de América no ha dado filósofos de esa talla ni de ninguna otra, no es porque no tengamos conciencia de

nuestra situación, como querían opinar algunos de aquellos filósofos de ocasión, sino porque la falta de espiritualidad nos impulsaba a comerciar con ella misma; ni porque no tengamos cultura que rescatar, como así también sostenían sobre todo con el interés de llevarnos al snobismo, toda vez que si nos creemos libres de tradiciones estamos facultados para plagiar novedades de otras latitudes que deberán ser incongruentes con el espíritu de nuestra raza, la que sí tiene tradición y una cultura grandiosa que rescatar: la cultura platónica o cristiana, que ninguna otra vale la pena de tal trabajo, en el cual rescate pondremos mayor empeño del que pusieron sus enterradores al sepultarla. Y no se nos tome como autores de apologías cristianas, que apenas somos simples exponentes de la experiencia de 2.000 años: la Biblia sigue hoy tan útil como entonces. “Solamente el misticismo —ha dicho Maurois— nos da la certeza, la paz interior y la felicidad”, y el máximo poder, agregamos nosotros. Y en realidad que es este sentimiento profundamente religioso del pueblo hindú lo único que ha preservado hasta aquí la unidad nacional de la India y que ha impedido una desmoralización total, así como la unidad del Japón de nuestros días. Es también dicho sentimiento conscientemente religioso del irlandés que ha lado a su gobierno y a su pueblo ese sello de país modelo que la ha caracterizado en todo el mundo y empieza ya a caracterizar al Uruguay. A este poder moral de la religión debió Roma el haber conquistado a los bárbaros cuando llegaron a sus puertas para conquistarla a ella. En cambio, ocurre que cuando una nación cesa de creer empieza a obedecer. “Los hombres”, dijo Guillermo Penn, “deben ser gobernados por Dios, es decir, por su conciencia, o lo serán por tiranos”. Por su parte, Fulton J. Sheen ha dicho: “En cualquier país en crisis en que el totalitarismo haya amenazado en alguna forma la libertad de sus ciudadanos, los primeros en capitular fueron los educadores sin religión; siendo mejor en este caso decir pseudoeducadores, dado que no se puede educar como es debido sin el concurso de aquélla, pues “no se cogen higos entre los abrojos, Men do not gather figs from thistles”.

“Precisa, pues, ascender de nuevo al cielo, el asiento de las Ideas Eternas y morada de los Inmortales. El mundo está sediento de hombres superiores, no tanto por sus conocimientos filosóficos cuanto por sus sentimientos de humanidad; sediento de personalidades valerosas de amplia mentalidad y grandeza de corazón, vasta comprensión y altos ideales; sediento de hombres que hayan cursado a conciencia el Libro de la Vida y comprendido que no se puede mirar a nadie de arriba abajo, condición sine qua non para un verdadero socialismo. Necesitamos sociedades que aprecien los dones del alma y los estimule en el amor a Dios y en el amor al prójimo y cese de ser el hombre lobo del hombre. Precisa confiar en Dios y confiar en el prójimo, tomado a Dios en el concepto de amor, amor de Dios y amor a Dios que germinará en amor entre todos los hombres para comprenderse mutuamente, que sólo amando a los hombres —no filosofando— podremos comprenderlos y unirnos; amor que nos lleve a colocarnos en el lugar suyo y a comprender que no debemos hacerles a ellos lo mismo que no quisiéramos para nosotros. Necesitamos renunciar al empleo de la fuerza y a usurpar el derecho ajeno, para que haya paz o estabilidad, y las sociedades humanas sean distintas a las sociedades de los animales irracionales. Necesitamos unión, no separatismos; necesitamos altruísmo, no egoísmos; necesitamos dolernos del vencido, no alegrarnos de verlo caer. No queremos talento, sino conciencia; no queremos sabios, sino santos; no queremos civilizaciones deslumbrantes, sino culturas modestas, conscientes y muy humanas; no queremos genialidades, sino amor; amar a todos los hombres, a todas las razas, a todos los pueblos de sur a norte, de oriente a poniente. Amor es el equilibrio de los mundos, la comunión de los seres, el objetivo de la vida. Amor es seguridad de las naciones, la paz de los hogares, el sosiego de las almas. El amor es el que impele a servir, a ser útil a los demás, a hacer a los otros lo que deseamos para nosotros mismos, ya por amor a Dios, ya por amor al prójimo, y el que nos hace compartir nuestros conocimientos con los demás para contribuir a la evolución de todos, sin dejar dones artísticos ni cien-

tíficos dormidos porque éstos forman parte de aquella evolución.

“A este fin, instauraremos un sistema de educación que dé al hombre la aptitud de valerse de la cultura para el enaltecimiento integral de su personalidad, debiendo compaginarse ambas edades: la del Renacimiento y la actual, con aprovechamiento de la parte buena que ellas tuvieron o pudieron haber tenido —ya que el hombre no es sólo alma: también cuerpo, ni es verdad sólo lo nuevo, también lo viejo; ni sólo lo occidental: también lo oriental—, para darle de ambas substancias: ciencia y fe, a fin de hacerle convergir sus actividades en vastos ideales y no divergir en estrechos egoísmos, y podamos todos un día llegar a ser sanos de cuerpo y de presencia hermosos, como dignos hijos de la hermosa Guatemala. De aquí que mi gobierno dedicará la mitad de sus recursos a la culturización de esta ciudadanía en todos sus aspectos, hasta que esta cultura sea considerada no solamente como parte de su conciencia interna sino también de la objetiva, cual proyección materializada de la primera. Que más que las buenas leyes, la cultura de los hábitos y de la mente edifican y conservan mejor en la sociedad la justicia y la bondad.

“En la fase histórica regresiva actual en la que todas las fuerzas de los gobiernos son usadas para reducir lo individual confundiéndolo en la masa, anulándolo como persona, fundiéndolo en moldes standars dentro de los ejércitos, de la policía, de los monopolios económicos, de las comunicaciones y hasta de la energía atómica y cuya causa ya apuntamos, es imperativa la construcción de esta personalidad despertando la conciencia aletargada por el egoísmo, hasta lograr que cada hombre se encuentre a sí mismo y halle su lugar en el mundo de hoy, al par que estimulando los valores morales aniquilados por el materialismo, hasta hacer que el deseo o la idea del crimen, delito o pecado, le sea repugnante. Necesitamos escuelas donde el hombre aprenda a distinguir entre la genuina espiritualidad de la persona y la animalada enmascarada de un alto desarrollo cerebral, confusión que obedece a creer que inteligencia es lo mismo que intelecto, siendo

que la primera siempre es consciente y el segundo puede ser fanático; aquélla conduce al altruísmo por darnos el conocimiento de Dios, y éste al egoísmo animal por no poder alcanzar tal conocimiento; escuelas donde aprenda a ver a los demás como iguales suyos, como en Dios y en conciencia lo son; donde aprenda que nadie puede expoliar, ni ultrajar, ni mentir sin expoliarse, ultrajarse y mentirse él mismo; donde aprenda a ser sincero, que "ser sincero es ser potente", y aprenda el buen humor y ser optimista. Escuelas donde enseñar al hombre a hacerse humano a sí mismo, y aprenda a ser fuerte para ser generoso, que de los débiles es la hipocresía y la crueldad; donde adquiera lo más posible esa ciencia de conocerse a sí mismo que aconsejaba Sócrates y que equivale a encontrar el camino, con la convicción de que en el cumplimiento de su deber se basa la única felicidad posible; donde aprenda, finalmente, a analizar sus impresiones y sentimientos y pueda capacitarlo a formarse un concepto moral más comprensible para él mismo y más fácil de aplicar como patrón en todos los actos de su vida, el cual le será de más provecho que todas las recomendaciones y consejos de la corte celestial. Y no se olvide que, desde el punto de vista espiritual y ético, el sentido moral es la sabiduría del alma, sabiduría que nos prescribe el curso a seguir en nuestra conducta y que se llama la voz de la conciencia; sentido moral que nos da el conocimiento y comprensión de la virtud, el cual, como dijo Sócrates, sólo puede ser sentido y experimentado, nunca enseñado, pues los valores morales no son producto de la razón ni del simple aprendizaje en la escuela. No es posible despertar el sentido moral con postulados éticos desde la tribuna del orador o del púlpito, ni por libros o por medio de las leyes. Es necesario ante los ojos de los educandos objetivar, sin hacerle perder su carácter subjetivo, las ventajas ennoblecedoras de la virtud —lealtad, castidad, amor espiritual, justicia, tolerancia, espíritu de libertad, respeto, templanza, fortaleza, prudencia— para producir en él sensación emocional que es la que se incrustará en su ser psíquico haciéndole sentir muy adentro la lección aprendida, dado que más bien obedecemos al

principio de la reacción emotiva que las cosas producen en nosotros, que no a la razón pura. De otro modo se obtiene como ya dijimos, un intelecto quizá desarrollado y disciplinado, pero combinado a un sentido moral imperfecto que constituirá una perfecta amenaza para la sociedad, como pudo comprobarse con nosotros mismos antes de que alcanzáramos nuestro sentido consciente. Pero un sentido moral altamente desarrollado es más útil que todos los conocimientos científicos. Sólo así estamos seguros de que el educando habrá aprendido el dominio propio y el desarrollo consciente de la voluntad, practicando sana y constantemente sus facultades y atributos mentales y volitivos, hasta adquirir un carácter digno y altamente moral. Las sociedades de hombres así habrán venido a ser tan armónicas como son los coros orquestales de los que dijo el colombiano López Narváez que "cada unidad está realmente sostenida y conducida por las otras unidades, para que cada resonancia individual entregue su mejor rendimiento. Si cada sonido se hace concordar y se conjuga con los demás sonidos, no es para borrarlo sino para fortalecerlo". El papel del sonido en el coro es el del hombre en la sociedad. De esta manera cada hombre será una imagen de Dios y un modelo para su prójimo, y el mejor defensor de la verdadera democracia.

"Todo esto quiere decir que será imprescindible la reforma total del sistema de educación, sistema que deberá tender a que el estudiante aprenda a educarse a sí mismo, adquiriendo una temprana madurez mental y emocional para reducir a un mínimo nuestra actual mayoría de infantiles adultos que nos aqueja, y al mismo tiempo desarrolle su talento en su verdadera orientación. Es entonces que cumplirán los colegios con su objetivo de hacer totalmente responsable al alumno, asumiendo ellos sin restricciones la responsabilidad de la conducta de éste, hoy como niño y mañana como hombre. Conseguidos tales fines —no antes—, se les concederá a dichos colegios y de modo definitivo, el autogobierno. Esto quiere decir que quedarán proscritos los actuales métodos de instrucción teórica o psitacísmica, los cuales casi se reducen a enseñar eso que llaman ideales de nacionalidad, o sea senti-

mientos de patriotismo que no son sino el plano inclinado que condujo siempre al patriotismo vil, causa y principio de los localismos ciegos, del separatismo entre los pueblos, de los fanatismos, en fin, que naturalmente acababan en las siempre insensatas guerras en las que, como es también natural nunca hay vencedores. Es cierto que a veces tales nacionalismos pudieron conducir a la grandeza de una patria, pero se trataba de una grandeza groseramente material y, por consiguiente, de las que terminan en los absolutismos más extremistas. Porque el hombre de ahora deberá aprender que, por su segunda naturaleza espiritual o univesal, su patria es el mundo, y que los hombres, más que vecinos o paisanos, con sus hermanos.

“Estas reformas han de aplicarse hasta en la última escuela de aldea, pues es sabido que la mayoría de nuestro pueblo hace vida campesina. Para esta mayoría crearemos una Escuela Rural propia que no se limita a la enseñanza de las primeras letras y los primeros números, como hasta aquí, sino que fundamentalmente sirva para encauzar al niño en la senda del trabajo honroso y del interés por su mejoramiento a base de franqueza y observación de sí mismo y de todas las cosas, inculcándole el deseo de ser útil a los demás y sea capaz de tener desde ahora un concepto claro de lo que espera la vida de él mismo, ya que los hijos de nuestros campesinos en muy temprana edad empiezan a ser hombres, limitándose al único conocimiento adquirido en la escuela elemental; de ahí que esta Rural debe ser suficientemente educativa y cultural para obtenerse el máximo desarrollo y una evolución integral del hombre, dándose por eso más educación que instrucción, ya que es preferible un analfabeto bueno que un letrado perverso. Que el propósito, como dijo el doctor R. M. Hutchins, no es entrenar hombres para un trabajo específico, sino para que actúen como balizas o almenaras para la comunidad. Y el maestro, para ser merecedor de tal nombre y no simplemente “maestro” o chachucero, deberá ser un líder en su especialidad, con técnica educativa propia, y capaz de hacer entender al estudiante que no todos los conocimientos están en los libros,

sino que el mismo estudiante puede contribuir al conocimiento del hombre, porque la filosofía, que es la que orienta nuestros actos, no es la que se aprende, sino la que se siente, la que brota de la mente según los sentimientos del corazón; de donde deberá inculcarse nobles sentimientos para tenerse un corazón bien puesto y, por ende, una sana filosofía ajustada a la razón humana, estableciéndose honrosos premios para esos buenos maestros. En tal sentido, vamos a necesitar hoy más que nunca, en la medida en que los profesores extranjeros vayan siendo sustituidos por los nacionales, el concurso de los padres de familia de cada población, cuyas opiniones recogeremos por medio de encuestas privadas al final de cada año lectivo, para saber si se ratifican o no los nombramientos de maestros para el siguiente período escolar. Sólo con un sistema educativo de esta clase estaremos seguros de haber liquidado de una vez aquel llamado determinismo o positivismo social de dijimos está fundado en la confusión que han hecho entre psicología humana y sensibilidad animal, en lo que respecta a los llamados reflejos condicionados de Pavlov. Y tanto éstas como las escuelas urbanas estarán en colaboración estrecha con Salud Pública para iniciar la educación sanitaria de que aquí siempre hemos carecido.

“¿Será necesario decir que con dichas reformas ya no hará falta la escuela de orientación profesional?, pues habiendo el colegio hecho del alumno un ente consciente, él sabrá mejor que nadie en qué ramo del saber descollará más, y nunca dejará de ser fiel a sus convicciones.

“En lo que atañe a nuestra Universidad, se le dará asimismo una orientación superior y más humana, valiéndonos de cadredráticos que sean pedagogos a más de sabios, capaces de hacer de cada centro un lugar donde se viva una vida excitante de ideas y acción, en igual forma y con la misma razón que en los colegios superiores, y escogiéndose líderes para cada seminario de entre los más aplicados y entusiastas de los alumnos, quienes obtendrán remuneración por tales servicios, y estimulándose con ahinco toda manifestación metafísica del hombre dentro y fuera de las clases y seminarios. En una pala-

bra, la Universidad deberá esforzarse por hacer hombres antes que profesionales: primero sabios, en el sentido de humanos, y después doctores. Ya no habrá más Facultad de Humanidades, sino Universidades de Humanidades. Necesitamos universitarios que sean inteligentes más que intelectuales, que sean humanos más que científicos, que tengan comprensión más que autosuficiencia, y sepan hacer de todos sus conocimientos un instrumento inteligente para su propia superación y la de su ambiente, es decir, la de los que lo rodean, para poder marchar con paso seguro y no vacilante como los miopes: que sientan el calor del país tal cual es y no como pretenden que es, participando plenamente de su función social y cultural, apartados los humos, arrojadas las neblinas y apagados de un tajo los sonsonetes con los que hemos venido siendo adormecidos por los de adentro y los de afuera, mareándonos e impidiéndonos ver las realidades, para creer como niños que lo que tenemos es lo mejor; lo mejor es que despertemos ahora mismo si queremos ser un día lo que hoy pretendemos que somos. Necesitamos, finalmente, que infiltren sus conciencias de la necesidad de crear un mundo nuevo a base de paz y armonía, un mundo mejor dentro y fuera de ellos en sus aspectos intelectual y moral, y asegurarse ellos mismos y a los demás una prosperidad y bienestar individual, social y político a que todos tenemos derecho de recibir y obligación de dar, con el expreso y radical abandono de la creencia de que el hombre tiene libre albedrío o libertad para elegir entre el bien o el mal. En el grado de nuestra actual evolución tal creencia no sólo es falsa, sino además inmoral. Esa libertad ya no existe; desapareció la libertad entre trabajar y no trabajar, entre construir y destruir, para ser sustituida por la obligación de hacer el bien, y nada más que el bien, si es que queremos gozar de aquella prosperidad y de aquel bienestar. Y si tanto se exige del universitario en general, ¿cómo será del que estudia la que debe ser la más noble de las profesiones, o sea la medicina?

“Este deberá adquirir, además de lo ya dicho, menos galenismo y más observación propia, aprendiendo a “ser

hombre bueno para ser buen médico”, hasta poderse poner en el lugar del paciente que solicite sus servicios, teniendo siempre presente que este necesitado es también alma (precisamente al reconocimiento de esta verdad es a lo que debe su nobleza tal profesión), y, por consiguiente, digno de consideraciones de orden espiritual y no solamente técnico (no considerarlos más como una simple abstracción: el caso X, o el diabético, o el arterioescleroso), ni mercantil, y pueda aquella Facultad y la Universidad toda ser Alma Mater de verdad y no centro de interesados industriales, fieles devotos del falso Caduceo. Necesitamos médicos que no se pregunten cuánto es lo que le cobrará al paciente, sino preguntarle a éste cómo fué que se enfermó, a fin de evitar que vuelva a enfermarse. Necesitamos médicos que no busquen gloria ni laureles materiales y sepan cumplir con los deberes inherentes a su profesión: deber de piedad y deber de filantropía y demás virtudes que exige ésta que no es o no debe ser sino sacerdocio, capacitándose para labrarse él mismo un ambiente digno sembrando educación médica en el pueblo. Será entonces, y sólo entonces, que habrá dejado de ser verdad lo dicho por el Dr. Gregorio Marañón de que la medicina ha avanzado mucho como ciencia y atrasado mucho más como profesión, y se inviertan esos términos. Al lado de esta Facultad, y para satisfacer prontamente la aguda necesidad del ambiente campesino guatemalteco, se creará la del Médico Rural, con un plan de estudio más corto como ciencia, pero más apropiado como profesión, tal como lo propusimos por primera vez en el país, el año de 1947.

“A más de los seminarios por crearse, se fomentarán los concursos ya establecidos entre los estudiantes universitarios sobre objeto, alcance e influencia de la labor universitaria en la sociedad y en la vida democrática, mas ya no para ser lo que han sido siempre: meras oportunidades para leer brillantes discursos de verdadero exhibicionismo que no se materializaban en nada, o —lo que era peor— que se materializaban después en la “hombría” de escribir y publicar pasquines procaces y “huelgas” abusivas, unas en broma y otras en serio, sin poderse decir

cuándo eran peores, y que hacían que los demás bendijeran el que siempre hayan sido ellos tan escasos en número, y lo cual era una prueba más del fracaso de los sistemas educacionales del país que resultaban incapaces hasta de quitar al hombre sus collares de amuletos y los brazaletes de cobre originales, para seguir siendo siempre "Trucutú"; sino que tales discursos tendrán ahora su severa aplicación en cada acto de la vida universitaria y no vuelvan a verse estudiantes haciendo política y menos demagogia, ni médicos "revolucionarios" unas veces en huelga y otras con rifles matando hermanos en luchas que, ya enterrados los muertos y lavadas las calles, llamaban cívicas.

"Desde luego que así como no es con leyes proteccionistas arancelarias ni demás medidas aduaneras restrictivas con las que se va a cultivar el amor a la producción nacional y la costumbre de consumir éstos antes que los extranjeros, así estas reformas no podrán ser realidad hasta el día que respondan a nuestra idiosincracia y sean obras de quienes han de aplicarlas y someterse a ellas. Por eso deberán ser primero vividas y después escritas; vividas primero en los colegios superiores, y más aún, en las escuelas elementales; y aún más, desde en la cuna de los futuros hombres con la reformación de las madres. Es a este fin que, tanto en las Facultades como en los demás centros de educación, se establecerán cursos especiales de misticismo práctico, y se dedicará diariamente algunos minutos a la concentración y meditación profunda sobre uno u otro aspecto de los valores, o sobre cualquier idea de amor y bondad o pensamiento de paz y armonía en pro de la humanidad, o bien en el análisis de uno o más aspectos del propio carácter de la persona, ya que de poco sirve haber alcanzado alto grado de habilidad y talento si no se hace un estudio cuidadoso del propio desarrollo interno, y confiando en que algún día tal práctica será acogida por todos los hombres y pueblos de buena voluntad. Y a esa Universidad y centros de segunda enseñanza, que deberán ser también gratuitos, hasta que no adquieran tal humanismo no se les dará autonomía, porque hasta entonces habrán cumplido totalmente con su misión, pues

que el hombre como educando y después como educador, deberá saber que su educación ha sido un fracaso —no importa cuánta ciencia haya aprendido— si ha sido incapaz de abrir su corazón hasta el autosacrificio.

“Otro tanto se hará con la Escuela Politécnica, y hacer de cada cadete una conciencia armada. El Ejército deberá constituir un crisol para soldados de toda clase y rangos, cumpliendo así su primordial objetivo de hacerles hombres y ciudadanos humanos, dispuestos siempre a hacer sustituir el poder material de las armas por el moral del derecho, de modo que la Escuela jamás vuelva a ser incubadora de tiranos. A tal fin se instituirá en ella la cátedra de psicología profunda, así como ésta que podríamos llamar Filosofía de las Armas, para que dichas armas sirvan sólo para la defensa de la vida y del honor, más de la patria y sus instituciones que los del soldado, y deje la espada de ser un frío acero para adquirir calor de alma.

“No se nos oculta, sin embargo, que todas estas innovaciones, precisamente por su nobleza de miras, se toparán con la decidida oposición de las masas, habituadas a caminar sólo por veredas tortuosas desde que vinieron al mundo, pues siempre sucedió que, dejados solos, los hombres se extravián dolorosamente, y luego, en su esfuerzo de hallar la salida se extravián más. Y la experiencia, por su parte, nos enseña que tratar de volverlas a su cauce con exhortaciones, ruegos y consejos es perder el tiempo. De aquí que se emitirán ciertas leyes de carácter especial, necesariamente severas, pero desde luego transitorias, y por cuya drasticidad podrán ser aquilatadas como totalitarias por aquellos —y son la mayoría— que confunden libertad con libertinaje, pero que no serán sino el medio de avanzar en el sendero y la defensa obligada de los pasos que vayamos dando en él. Dijimos que es un mito lo del libre albedrío del hombre, y ahora agregamos que están en un error los que creen que democracia es dejar en libre actividad poderes capaces de destruirla a ella misma o menoscabarla en uno o más aspectos suyos. La libertad en un mundo materialista, cuando en los hombres falta de lealtad: lealtad a la ley, a los principios republicanos, a los principios sociales, morales y religiosos,

y en suma, cuando falta la lealtad a su propia conciencia, conduce a toda destrucción. Porque los hombres, al haber perdido la fe en Dios la perdieron en todo, en todo lo que hay encima de la tierra y debajo de la tierra, para creer no más que en ellos mismos; pero entre más creyeron en ellos mismos y negaron lo demás, más ignorantes fueron de las cosas y de la vida, errando más y aumentando los choques entre unos y otros, para venir a creer no más que en la fuerza bélica. En tales condiciones, ¿cómo esperar que el comején abandone la casa por su sola voluntad? Quiere decir que la solución no puede ser un régimen de libertad, como muchos han pretendido, pues que ello equivale a poner en el mismo plano de igualdad a todos los contendientes posibles, allí incluido el gobierno mismo. Recordemos que hombrés como Lenin o Hitler ascendieron al mando de sus respectivos países al amparo de la libertad que concedían sus propias Constituciones, y aprovechándose de ella misma. Y nada valdría esto si en el mundo sólo hubiera habido un Hitler o un Lenin... El remedio, se adivina, no puede ser sino otra dictadura, aunque de signo contrario; pero una dictadura. ¿No suelen decir que después de una Revolución viene el hombre fuerte? Sólo que aquí el fuerte no será el hombre, sino la ley, tanto más cuanto que la nuestra no es una revolución más, como las gestadas por todos y en todas partes en las que, cuando mucho, renovaban el vino pero nunca las vasijas. Aquí hoy todo es nuevo: vino y vasijas; y el objeto de nuestra dictadura será el de hacer adaptar el uno al otro, pues la experiencia, madre de la sabiduría, nos ha enseñado que las ideologías mantenidas sin organizaciones políticas están llamadas a fracasar ante el poderío cada vez creciente de las organizaciones políticas sin ideologías, vale decir ante la fuerza bruta. El mismo cristianismo, con todo y la sublimidad de sus principios, necesitó del poder temporal de los reyes y después de los papas para imponerse siquiera a medio mundo, poder que, por otro lado, contribuyó a su descrédito porque sólo atendió a un aspecto de la cuestión. Y ¿qué otra ideología podría haber superior a esta en la cual podamos confiar que se impondrá sola, sin el concurso o el apoyo de la fuerza? Cierto

es que todos concebimos y esperamos, idealmente, que las fuerzas del mal acabarán a la larga por sucumbir ante las fuerzas positivas del bien que llegarán a dominar el mundo; pero esto es a plazo indefinido, tan indefinido que si tuviéramos la paciencia de esperar sentados el cumplimiento de ese plazo, veríamos primero tantas hecatombes y ruina tanta, que no le quedaría a Dios más recurso que volver a empezar con la creación de Adán y Eva, espiritual y materialmente hablando. ¿Cómo esperar entonces que una mayoría como ésta, una mayoría que no escucha más que la voz de su ambición, ni sigue otro dictado que el de sus pasiones, viviendo en un ambiente de vano engrimiento, si no de sangrienta rebeldía, cómo esperar que a las buenas pueda ser convencida de que lo ideal está encima de la fuerza bruta? El comunismo contestaría: "Podría creerlo si no existiera el capitalismo". A lo que el capitalismo replicaría: "Podría creerlo si no existiera el comunismo". Y antes —y probablemente también después— del uno y del otro había otros "ismos" sucedáneos cuyo fin fué el de mantener al mundo siempre en ascuas; un mundo en el que no caben consejos ni exhortaciones ni llamados a la conciencia: el hombre, animalizado (y no hecho un animal cualquiera, sino de los feroces), no obedecerá a las caricias. Hará falta algo más: la disciplina del maestro de escuela y, además, la camisa de fuerza de los hospitales psiquiátricos, del cual uso nos excusa hasta la misma libertad, dado que ésta, concebida integralmente y en sentido cristiano, no es constituida por los derechos prácticamente exigibles de un ciudadano para fines egoístas, sino para estrechas relaciones de convivencia, con la expresa obligación de respetar la libertad del prójimo y el convencimiento de que la libertad individual se reduce a medida que se asciende en la escala de la evolución por aparecer nuevos deberes y obligaciones morales cuyo cumplimiento exige a cada paso el sacrificio de nosotros mismos, exigencia a la cual cedemos voluntariamente y sin necesidad de leyes al aproximarnos a la cima de esa evolución en donde el amor a los otros sustituye al amor de sí mismo. Pero mientras ese tiempo no haya llegado se hace necesario darle leyes inflexi-

bles que le recuerden permanentemente que si no tiene aptitudes para edificar, menos debe contribuir a la destrucción o rebajamiento de lo construido por los otros.

“Comprendemos también que estas medidas, como arma de dos filos, podrían insensiblemente irse inclinando ya a un lado o ya al otro, hasta caer en las dictaduras retrógradas; pero tal peligro esquivaremos estableciendo el régimen de dos gobiernos simultáneos que correspondan: el uno, a la clase de gobiernos corrientes, que son los que poseen la fuerza policíaca o castigadora; y el otro será el previsor, cuya fuerza de carácter mítico-religiosa empleará en dirigir a nuestro pequeño mundo hacia arriba, hacia las ideas eternas”. —(No pude evitar un gesto de sorpresa al oír aquellas palabras, lo que, notándolo él, agregó:)— “Nada de esto es nuevo, señor, si todo gobierno debe ser considerado como una entidad dual, como es el hombre mismo, pues si hasta aquí no tomaron en cuenta más que un solo término, el material, se debió, como sabemos, a que negaban la existencia del otro, importándoles sólo lo que hacían y no lo que pensaban: los hechos y no las intenciones. Nosotros vamos a restablecer el gobierno también de la parte espiritual del pueblo, separando aquellos términos el uno del otro para que, vigilándose mutuamente, se evite el error que se trata de remediar; separación que no debe creerse absoluta sino relacionados de modo que el uno, el material, estará al servicio del otro, pero no ciegamente, sino de modo inteligente.

“Y estas leyes especiales de que venimos hablando tendrán doble carácter, toda vez que nuestra labor ha de comprender dos fases o etapas, pues del mismo modo que en los trabajos de labranza primero se limpia el campo y se abre el surco y después se deposita la semilla, aquí primero se depurará el medio, aboliéndose todo espectáculo circense en los que el animal motivo de cruel diversión, como son las peleas de gallos y las corridas de toros, y pueda tener sentido la legislación sobre protección de animales, así como las corruptoras maromas o circos de volantines que van sembrando simiente de podredumbre en los pueblos y caseríos por donde pasan. Se combatirá con mayor energía la prostitución, los juegos de azar y la

delincuencia en general, contrarrestándoseles, entre otros medios, con la lucha contra el desempleo, la ampliación de los talleres, la intensificación de los deportes, la construcción en cantidad suficiente de viviendas para obreros con facilidades de pago, de modo que nadie piense en la vagancia como medio de evadir la apretura de su hogar, y con la multiplicación de los salones de cultura. Simultáneamente se organizará un consejo de honorables que gozará de autonomía y nombrados de común acuerdo por los tres Poderes del Estado y la Universidad, que se encargará de la depuración de todo lo que pueda influir sobre la mentalidad del pueblo: conciertos y difusoras nacionales, prensa, exposiciones de bellas artes, cines y teatros, en los que se prohibirá toda manifestación que esté en pugna con la expresión de las leyes universales de moral y belleza, paz y armonía; pues todo espectáculo público y lugares de recreo deberán ser centros de cultura y moralización, y toda palabra escrita deberá ser para orientar y embellecer la vida. Hay la creencia errónea, hasta entre muchos religiosos, que espectáculos como el cine o la simple lectura de los libros no influyen en el carácter de las personas siempre que en ellos salga al final castigado el malo y el bueno triunfante, sin importar nada la calidad o tendencia de las situaciones previas a ese final. Pero, así como las obras vanguardistas matan el tesoro de la inspiración artística o piadosa en los espectadores, sin necesidad de enseñar a nadie a pintar mal o a ser mal artista, así los libros y el hollywoodismo en general no necesita de convertirlo a uno en un ladrón o asesino de verdad para destruir en el niño el santo temor de Dios y en el adulto el respeto a los dictados de su conciencia, dando por resultado en ambos casos que esta conciencia se va reduciendo cada vez más hasta que todo termina en un mundo del todo inconsciente. Y he aquí que después, a un mundo tal, ¡queréis dejarlo en libertad!... La libertad tiene razón de ser sólo dentro de la virtud, como que la libertad es una virtud más. Creemos, sin embargo, que no será necesario establecer un rígido control sobre las audiciones de los receptores nacionales si, como esperamos, logramos obtener por medio de las viejas y las nuevas orga-

nizaciones culturales internacionales, la depuración de las emisiones por radio y televisión de los demás países, además de las películas cinematográficas, habida cuenta que del modo que existe la coeducación en las escuelas y entre los individuos, la hay también entre las naciones, ahora que el mundo es ya como una sola aula escolar. Se prohibirán igualmente los anuncios gráficos de ropa interior de mujeres, así como el uso de trajes de baño demasiado livianos, y se revisarán periódicamente las librerías y bibliotecas públicas para eliminar de ellas no sólo las obras y dibujos pornográficos, las novelas eróticas o de intriga, los Don Juanes, las de cacerías, etc., que envenenan la mente, sino también ciertas biografías de personajes de conducta licenciosa expuestas con fidelidad y de modo sugerente, y los sistemas filosóficos que nieguen la existencia de Dios. En una palabra, toda obra que acuse desprecio u odio por la humanidad, por resultar desorientadoras en igual o mayor grado que la pintura vanguardista. Por último, se depurará la música y todas esas canciones de moda que son como himnos al vicio y que han invadido hasta la intimidad de nuestros hogares gracias a la radio y a las escandalosas rockolas y sinfonolas, máquinas éstas que, por el contrario, en adelante serán aprovechadas como agentes moralizadores. Igual suerte sufrirán nuestros modernos y sensuales bailes, que si, hablándose del antiguo valse, antes se decía que era un pretexto para abrazar a la mujer, hablándose ahora de los de hoy deberá decirse que son pretexto para deshonorarla. Y la defensa de la institución de la familia será uno de nuestros básicos objetivos, dado que la influencia del hogar es la que formula en su mayor parte el carácter del hombre: que los hijos son el pulso o termómetro de la cultura de los hogares, como el universitario lo es de la cultura del país entero. Por eso es que además se aplicarán medidas que tiendan a asegurar científicamente la estabilidad moral, religiosa y económica de las familias, como la de organizar escuelas especiales para las novias, de asistencia obligatoria, y dirigidas por mujeres doctas en todas las ciencias y expertas en el manejo del hogar, del bebé y del marido, al lado de otras semejantes para los hom-